

tra cada vez más amenazada nacionalidad, no podemos hoy aprobar el pensamiento de abdicacion.

»El Ministerio acaba de exponer, que cuenta con los hombres y con los recursos necesarios para dar la paz al país. Yo tengo por muy veraces á los Señores Ministros; carezco de datos para refutar la palabra oficial; pero temo que no haya la necesaria exactitud en esa palabra.

»A pesar de ésto, debemos luchar, y luchar hasta el fin por conservar el principio monárquico en Méjico, base y elemento esencial de la vida, del engrandecimiento y de la prosperidad de nuestra patria.

»Señores: Desde que nuestro país se hizo independiente, los dos partidos que se han disputado el poder han venido, sin quererlo, probando con sus obras, que no estiman suficientes los recursos de la nacion para hacer, no ya que prospere, mas que viva siquiera. Dura es de decir esta verdad; pero, si ha de curarse la llaga, ¿convendrá apartar de ella los ojos? Hé aquí el origen de nuestras alianzas con el extranjero. Los hombres del partido conservador, (y yo, Señores, protesto que no pertenezco á partido alguno por más que mis ideas me acerquen y mucho á los conservadores), los hombres del partido conservador, repito, juzgaron que solicitar una alianza en Europa, ofrecía ventajas sin riesgo alguno; y por sus antecedentes, sus tradiciones, sus designios, su sangre, buscaron y consiguieron esa alianza: de ella ha resultado nuestra monarquía. Los hombres del partido liberal solicitaron, y han obtenido á su vez, el apoyo de los Estados-Unidos. Harto más eficaz, por lo visto, que el de la Europa. Yo no descubro traicion ni en uno ni en otro pensamiento; pero en el del partido liberal me parece que hay inmensos riesgos para mi país. ¿Podrá encontrarse hoy en Méjico quien no conozca claramente los planes y las

miras de nuestro pérfido y ambicioso vecino? ¿Qué elemento, qué huella, de nuestra civilizacion mejicana queda en las provincias que nos fueron arrancadas, no há mucho, por la fuerza y sólo por la fuerza? Y diré de paso que no sé si, al realizar su designio de muerte sobre nosotros, han consultado bien su interés los Estados de Norte-América: la ambicion ciega, y Dios la castiga precisamente, ántes que todo, con esa ceguedad. Méjico, demasiado grande como territorio para ser la agregacion de ningun otro pueblo, está situado al Sud de la no muy afianzada Union americana.

» Séame lícito, Señores, preguntar ahora, ¿ha cumplido nuestro aliado con sus deberes? La imparcial historia lo decidirá. El Señor mariscal Bazaine ha asegurado, segun acaba de oír la Junta, que ha tenido bajo su mando más de 30.000 soldados franceses y 22.000 mejicanos, y que, sin embargo, no ha podido pacificar el país. Ha agregado, que por los informes de sus generales recién llegados del interior, tiene hoy adquirido el convencimiento de que la opinion de los pueblos no es monárquica, sino republicana. Yo, Señores, respeto mucho á esos generales; pero no vacilo en afirmar que vienen engañados. Lo que el país quiere ante todo es paz: se prescindiría con gusto de los derechos políticos, con tal de disfrutar por completo de las garantías civiles. Nuestro pueblo (y no somos una excepcion entre los demás del Universo), se ocupa muy poco de formas y sistemas de gobierno. Lo digo sin agravio de nadie: aquí, como en otras partes, la cuestion actual es más de policia que de política; y entre nosotros será bendito el gobernante, que devuelva á esta desdichada sociedad el sosiego que las malas pasiones de unos cuantos le han arrebatado; que sea un escudo á la honra, á la vida y á la propiedad de los ciudadanos; que levantando sobre todo su corazon y sus ojos al

1867.

cielo, apoye sus mandatos en las prescripciones de nuestra augusta religion, sin el respeto de la cuál no es posible lisonjearse con esperanzas de orden y de verdadera libertad. Al que tales conquistas realice no le preguntará la generalidad de los mejicanos, si se llama *Emperador ó Presidente*. Créalo así el Señor Mariscal.

»Nó: la opinion de los pueblos no es adversa al Imperio. La revolucion no sería bastante fuerte á derribar el trono, sin las amables condescendencias, sin la complicidad del poder interventor. Esta es la verdad.

»Me gustan, Señores, las reminiscencias históricas.

»En el siglo XVI el Papa Paulo IV declaró la guerra á Felipe II. Trataba de hacer valer ciertos derechos en el reino de Nápoles, en posesion del cuál estaba el Rey Católico, á quien no era en verdad fácil hacer prescindir de ninguna de sus adquisiciones. El Papa se buscó auxiliares, y los halló en Francia. La cuestion interesaba vivamente, como saben todos, á esta nacion; y su rey Enrique II, comprendiéndolo así, envió á Italia buen golpe de gente. Mandábala el Duque de Guisa, noble, entendido, valiente capitan; y además de ésto, Señor Mariscal, muy católico. Pero el Duque de Alba, que valía tanto al ménos como el general Sherman, mandaba los tercios españoles, que valían algo más que los filibusteros, que han ocupado á Matamoros. La suerte fué adversa á los aliados del Pontífice: el Duque de Alba, de victoria en victoria, llegó á plantar sus reales á las puertas de Roma.

»Sabeis, Señores, cómo se formaban entónces los ejércitos: alrededor de un pequeño grupo de tropas regulares y disciplinadas se reunía tupido enjambre de aventureros, cuyas pagas andaban siempre atrasadas, y que no se proponían más que enriquecerse con el botin y los despojos de los pueblos, que tenían la desgra-

1867.

cia de recibirlos. Gente sin Dios y sin ley, rara vez respetaba á sus jefes. Roma ya los conocía, y el terror se apoderó de sus moradores: Paulo IV, sin embargo, descansaba tranquilo, esperando mucho todavía de sus bravos auxiliares y sobre todo de los tratados. ¡Pobre Papa!

»Las cosas entre tanto se habían complicado en el Norte de Francia, y Enrique II ordenó al Duque de Guisa, que, abandonado el Pontífice, viniese presto en su propio auxilio. El Duque comunicó la noticia al Papa, y se dispuso á ejecutar la orden; y la historia no le culpa por ésto, Señor Mariscal, pues que no le tocaba más que obedecer; aunque agrega, que no pesaba al Duque de poner término á una campaña, como aquella, muy escasa de laureles para él.

»En aquellos terribles momentos, Paulo IV tomando consejo de su ira, que nadie negará fuese justísima, dirigió al General francés estas memorables palabras, que yo, en nombre del Monarca ofendido de Méjico, en nombre de esta nacion que, como Paulo IV, no tiene tampoco más culpa que la de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado á repetir ahora á V. E.: *Idos: nada importa. Habeis hecho muy poco por vuestro Soberano; ménos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra.*

»Señor Mariscal: los que hemos hecho cuanto hemos podido por el altar, cuanto hemos podido por el trono, y estamos ciertos de que conservamos ileso el honor: los que en la lucha presente hemos comprometido la fortuna, la vida; dando así una prueba de que amamos á nuestra patria con un ardor igual á la magnitud de sus desdichas, tenemos derecho á proclamar, que no es á nosotros á quienes ni ahora ni en el porvenir podrán aplicarse esas palabras.»

A este notable discurso, que tanto honra al Señor

1867.

Arango y que encerraba fundadas acusaciones y citas históricas tan perfectamente aplicables y aplicadas en aquellas circunstancias, al Gobierno de Napoleon y al jefe de sus tropas en Méjico, contestó el Mariscal, «que el Orador se habia entregado á *digresiones inútiles*; que no habia expresado voto alguno»; mas el Señor Arango le recordó el principio de su discurso en que dijo: *no podemos hoy aprobar el pensamiento de abdicacion.*

No es cierto, como se refiere en uno de los libros franceses que se han publicado sobre la Intervencion, que el Señor Lares, presidente del Consejo, llamara al orden á Arango, cuyo discurso, escuchado con religioso silencio, causó profunda impresion.

Se acordó en el Consejo que continuara en el trono Maximiliano.

Nuevo atentado del mariscal Bazaine.

En la noche del quince al dieciseis de Enero dispuso el general Márquez, que era el jefe militar de la capital, que se aprendiese á D. Pedro Garay, por informes que habia recibido de que era agente de los enemigos. Al efectuar la prision el jefe de la policia, que lo era el general de brigada D. José de Ugarte, recogió de ochenta á noventa cartas, algunas escritas con una clave que no pudo descifrarse. Se le enviaron al Emperador, y S. M. las entregó personalmente á uno de los fiscales del Consejo de Guerra de la primera division territorial, para que obraran en la causa, y previniendo que ésta se formara con actividad dándosele cuenta al dia siguiente de lo actuado. Dispuso el Presidente del Consejo de Guerra que el Baron de Tindal, comandante de la gendarmeria, practicara un escrupuloso exámen en la casa del acusado; pero nada se encontró. Ni podía encontrarse, porque habian pasado doce horas desde la consignacion de Garay al Consejo de Guerra y, segun declaracion del criado, unos oficiales franceses habian extraido en ese tiempo vários legajos de

1867.

papeles, de un secreto que habia en la parte interior del bufete.

Apénas supo el mariscal Bazaine la prision de Garay, hizo cuanta gestion le fué dable para que se le pusiera en libertad, cerca del general Márquez, del Ministro de la Guerra, del Presidente del Consejo, del Fiscal, y, por último, cerca del Emperador, quien decia que se le habia presentado el Mariscal poseido de un pánico extraordinario. ¿Por qué ese pánico? Seguramente habia exageracion en el relato de S. M.

Viendo el Mariscal que eran infructuosos sus ruegos, apeló á los hechos: mandó formar una columna de infanteria, é intimó al Ministro de la Guerra que inmediatamente pusiera en libertad al acusado, mandándolo entregar al ayudante portador de la intimacion, si no queria que por las armas se apoderara del cuartel de la guardia municipal, en donde estaba el preso. Quiso evitar un conflicto el ultrajado Emperador; el Subsecretario de Guerra dió orden para que Garay fuera entregado al ayudante, quien lo llevó á alojarse al palacio del Mariscal, al palacio que indebidamente le habia regalado Maximiliano. El Ministro de Negocios Extranjeros informó al general Almonte del atentado que he referido, para que lo agregara á la lista de acusaciones contra el Mariscal, que existia en la legacion de Méjico en París.

El dieciseis nombró el Emperador ministro de Negocios Extranjeros á Don Tomás Murphy, decano del cuerpo diplomático mejicano, y de la Casa Imperial á Don Carlos Sánchez-Navarro, uno de los hombres más principales y de los más ricos propietarios del Imperio; ambos individuos eran honrados y sinceros imperialistas.

El veintidos recibió el general Castelnau un telegrama de su Gobierno, en que se le decia «que no obli-

Nombramiento de los Señores Murphy y Sánchez-Navarro para ministros.

Orden del Gobierno francés para no obligar

1867.
á Maximiliano
á que renunciara.

gara al Emperador á que renunciara; pero que no retardara el embarco de las tropas y que llevara á todos los que no quisieran quedarse»; supongo que á los franceses que habían entrado al servicio de Maximiliano y querían abandonarlo.

Descomedida
comunicacion
de Bazaine al
Emperador.—
Comentarios.—
Lo que hizo Su
Majestad.

Constante el mariscal Bazaine en su propósito de faltar á la consideracion debida á las autoridades, y de injuriar á los conservadores, dirigió la comunicacion siguiente al Emperador:

«Méjico, 28 de Enero de 1867.—Señor: Tengo la honra de enviar á V. M. copia de una carta que me ha dirigido el Señor Presidente del Consejo de Ministros con fecha de veinticinco de este mes. Se escribe en esta carta: «El Mariscal y el general Castelnau han manifestado en una comunicacion de siete de Noviembre último, que mientras estuvieran en Méjico las tropas francesas, protegerían, como ántes, á las autoridades y á las poblaciones; en una palabra, el orden en las zonas que ocupan; pero sin emprender expediciones lejanas. Texcoco ha sido atacado últimamente: V. E. no ha juzgado conveniente prestar auxilios, según las informaciones del General de nuestra segunda division. El Gobierno desearía saber cuál sería la actitud de las tropas francesas en la capital si, ántes de su marcha, la sitiarian los disidentes, ó si el enemigo la atacara por algunos puntos, ó cometiera una agresion cualquiera.»

»No se ocultará lo inconveniente de este lenguaje á V. M., que no me ha hecho jamás la injuria de suponer por un solo momento que pueda sospechar de la lealtad del ejército francés. Al manifestar á S. M. el Emperador de Méjico el proceder de sus Ministros para conmigo en su nombre, creo dar la última y suprema prueba de confianza y de lealtad. Creo, efectivamente; hacerle todavía un servicio al Emperador, pro-

1867.

curando ilustrarle sobre las tendencias y las insinuaciones pérfidas de una faccion, que reúne pocas simpatías, y cuyos jefes abusan del ascendiente que creen tener, ó de la confianza que han sabido inspirar, para prepararle á V. M. una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de ruina, de anarquía y de humillaciones sin número.

»Tengo la honra de informar á V. M. que, deseando más que nunca conservar su estimacion y la amistad con que ha tenido á bien honrarme, he hecho saber al Señor Presidente del Consejo que, en vista de los términos de su precitada carta, no quería tener en lo sucesivo ninguna relacion directa con la administracion de que es presidente. Agregaré, Señor, que los jefes de las armas del Señor general Márquez, están en relaciones diarias con los comandantes de ingenieros y de artillería del ejército francés, para ponerse al corriente del estado de las fortificaciones, de las defensas, de los repuestos de material, armas y municiones.

»Habiéndome manifestado S. M. el deseo de saber de antemano en qué época saldré de la capital, tengo la honra de informarle que se verificará mi marcha, con los últimos contingentes del cuerpo expedicionario, en los primeros quince dias del mes de Febrero. Hasta el último momento, Señor, estaré pronto siempre á acudir al llamamiento de V. M., y dispuesto siempre á hacer conciliar mis esfuerzos con los deseos de V. M.»

Inverosímil parecería, á no verlo escrito, que al dirigirse al Soberano de Méjico, osara el Jefe francés calificar de *pérfidas las tendencias y las insinuaciones de una faccion*, los principios de un partido que lo componía la mayoría de cuanto el país encerraba de más honrado y respetable en todas las clases. El Emperador obró como debía, pues dice M. de Kératry: «La carta del Mariscal la llevó al Emperador un oficial fran-

1867.

cés, á quien recibió el padre Fischer encargándose éste de entregar al Soberano el despacho del General en jefe, sin dejar que entrara el enviado del cuartel general. Algunos minutos despues volvió el Secretario de Maximiliano, y entregó al oficial la carta con el sello roto: S. M. no había querido aceptar un documento severo é injusto para sus Ministros.» Maximiliano no ignoraba que había dicho la verdad el Presidente de su Consejo de Ministros.

Lo que refiere
Basch de Bazaine.

Dice sobre la conducta de Bazaine, con gran verdad, el doctor Basch: «Si el mariscal Bazaine hubiera sido lo que habría debido ser, ésto es, jefe de un cuerpo de tropas subordinado al Emperador; si Napoleon, á pesar de haber dado con sus pretensiones el primer golpe al Imperio, hubiese al ménos cumplido honradamente el tratado de Miramar, en lo que estipulaba que durante seis años estaría su ejército á la disposicion del Emperador, el nuevo Imperio habría tenido tiempo bastante para sobreponerse á las crisis de su establecimiento, y su existencia habría quedado asegurada.

»Pero Bazaine tenía un mando enteramente independiente, y se condujo como dueño del país. Dé hecho estuvo al lado del Emperador y no subordinado á él: no se preocupaba más que de las miras de su Señor, y no ponía su fuerte brazo á la disposicion del Gobierno local, sino cuando las medidas de éste estaban de acuerdo con los intereses franceses tan vagamente definidos. Desde el momento, pues, que las instrucciones de París dejaban ver al astuto Mariscal el completo abandono del Imperio por parte de Napoleon, y que el llamamiento de las tropas no era ya una simple eventualidad, trabajó en seguida sin ningun miramiento para la ruina de Maximiliano y de su trono. Desde aquel momento el ejército francés estuvo en completa inaccion, asistiendo con indiferencia á la toma de las ciudades,

1867

una despues de otra, por los disidentes que se habían envalentonado con la inaccion de Bazaine. Y mientras los franceses estaban con el arma al brazo, el cuerpo austro-belga, último nervio militar del Imperio, era enviado sistemáticamente á la destruccion por el Mariscal, que lo exponía sin cesar fraccionándolo en pequeños destacamentos.»

A fines de este mes de Enero recibió un telegrama el general Castelnau en que se le decía: «Recibido despacho de siete de Diciembre. No obligue V. al Emperador á abdicar; pero no retarde la salida de las tropas. Embarque V. á todos los que no quieran quedarse.»

Encarga Napoleon á Castelnau que no obligue á abdicar á Maximiliano.—Comentarios.

Que no se le obligara á abdicar á Maximiliano, decía Napoleon, cuando se habían puesto todos los medios lícitos é ilícitos para obligarle á abdicar, y se sabía ya su firme resolucion de no hacerlo; pues se tenía conocimiento en Francia, hasta del despacho del Subsecretario de Negocios Extranjeros de diez de Diciembre, que se había recibido el nueve de Enero en París.

Desde la carta del mariscal Bazaine al Emperador, de veintiocho de Enero, no mediaron ya otras comunicaciones entre el Gobierno mejicano y el General en jefe en los ocho dias que éste permaneció en la capital, sino «al momento de ponerse en marcha», dice el Conde de Kératry, «que por el interés de oficiales y soldados franceses que habían merecido bien de Maximiliano, y pertenecían á los regimientos que habían guereado siempre, el cuartel general, á pesar de sus quejas recientes, no temió recordar al Emperador las propuestas hechas de antigua data para la cruz de Guadalupe.» El abate Fischer interceptó el despacho, y escribió el siguiente al general d'Osmont, el que había sido ministro:

No hubo más comunicaciones entre el Gobierno y el Mariscal, sino para pedir éste cruces para algunos del ejército francés.—Comunicaciones por este motivo entre el P. Fischer y el general d'Osmont.

«Méjico 1.º de Febrero de 1867.—Mi querido Gene-